

La escritura irrecuperable

Por Carlos
Ossa

"El olvido no es nada más que las cosas olvidadas y, sin embargo, por un poder de olvidar que nos sobrepasa y lo sobrepasa en demasía, nos deja en relación con lo que olvidamos. Los filósofos dirían que olvidar es detentar en su secreto la fuerza mediadora, puesto que lo que se borra así no nos debe ser devuelto más que enriquecido de esta pérdida, y acrecentado de esta falta, idealizada. El olvido es mediación, feliz poder. Pero para que esta función se realice, en su dignidad poética, para que deje de ser función y se convierta en acontecimiento, lo que tiene que ser medio, intermediario, simple olvido instrumental y posibilidad siempre disponible, se afirma como profundidad sin vía y sin retorno, escapa a nuestro dominio, arruina nuestro poder de disponer, arruina incluso el olvido como profundidad, y toda esa cómoda práctica de la memoria"
Maurice Blanchot

¿Cómo se habla de una época cuando el exceso de memoria neutraliza su derrumbe? ¿De qué forma evitar la caída en la moral si sólo se acusa el delito y no las circunstancias compartidas? Después de treinta años estas preguntas parecen inútiles al enfrentar los saldos dejados por el 11 de septiembre, pues la escasez de presente autoriza reemplazar la tragedia por su recuerdo, lo indecible por la biografía, lo dislocado por el continuo desgaste de la ceremonia. No se trata de sospechar de un principio de domesticación historiográfica, ni de reivindicar la aniquilación del acontecimiento cómo única manera de mantener el duelo con el pasado: ni siquiera se trata del pasado...

Es una cierta idea de que la representación retorna, viene de un sitio negado distinto al nuestro (ficción de la distancia), a comunicarnos lo pendiente, lo que el año anterior no alcanzó a conocer ni a disponer para el texto, la marcha o el seminario. Vuelve a declarar el vacío y, por lo tanto a insistir en que "algo" no ha dejado de ocurrir -suspense- desplaza la mudez de su obra en la comunicabilidad de la evidencia.

La insistencia en ese "algo" repone la conmemoración de lo abyecto, sin embargo envejecido por la frecuencia de la publicidad sólo memorializa el instante de cancelación del conflicto cívico. No hay paridad entre los adversarios, mientras unos todavía tienen la pérdida en el cuerpo mismo de la pérdida; otros, se recogen en la nómina judicial, brotan de la confesión o el arrepentimiento. Ninguna narrativa alcanza, pero en su fragilidad y sismo, hacen una inscripción, es decir escriben en los límites de la experiencia y la simulan, la doblegan al habla de la firma y con ella emerge un padecer, el sustituto del muerto, la razón de una orden, la banalidad de una furia, la estupidez de una mañana. La proliferación de relatos comienza a totalizar el espacio del *golpe*, a mostrar facetas y coleccionar recuerdos, y la comunicación se adueña de lo inefable ante el mutismo de la política, mientras ésta inhibe en el discurso cualquier pronunciamiento que la atrape en la responsabilidad y se deja caer en la mediatización icónica como una forma de postergación interpretativa. Lo que ocurrió pertenece a otro tiempo -dirá- y, en la velocidad de lo diario, no cabe una respuesta al evento, debe ser la monumentalización de la historia la que disponga una narración, entregue una sentencia y congele un deseo. El *golpe* disolviéndose en la comunicación se transforma en exaltación de datos, en la primicia de un secreto, en una autobiografía que dice de sí su equívoco o su certeza. Lo compacto de este hecho estalla en múltiples avatares que van desde la chismografía al caso psicoanalítico formando los umbrales de una *política editorial* que edita el libro del infortunio y describe el rol de los personajes. Lo público del *golpe* se convierte en lo privado de la comunicación^[1] y, así, se pueden producir muchas tipologías, diversos enfoques, crear audiencias, ampliar géneros literarios, mezclar la fábula de las "vidas oscuras" con la sociología de las "vidas célebres", catalogar lugares, medir palabras, encontrar documentos.

La acogida a estos objetos ayuda a recobrar piezas incompletas, hilos cortados, juegos mínimos donde se detuvieron los cuerpos heridos antes de perder su claridad, pero la comunicabilidad de estos detalles nunca es constante, más bien parca y precaria, por lo mismo no hay texto capaz de adivinar el paradero de las historias y al final, nuevamente, castigadas desaparecen sin mancha, sin mácula, sin testigos. A cambio, las retóricas emblemáticas de la transición democrática que todo lo quieren resolver con tecnología y perdón, buscan en el horizonte del consenso el mecanismo político, el artefacto jurídico, el imperativo universal que anule la emancipación del *golpe* de la política que lo gestó. El *golpe* ya no le pertenece a la política, entonces ¿a quién le pertenece? ¿Se ha convertido en una memoria involuntaria que no acepta ser ni un saber ni una verdad? Es posible que en este esfuerzo por capturar el *golpe* y tranquilizarlo para reproducirlo sin resistencia, se produjera un accidente, se descolgara lo inasible a toda superficie y, quedara flotando la convencionalidad. Sí así fuera, la política sólo tiene en sus manos la *mercancía*, el valor dado por la velocidad de la comunicación. Lo ajeno al sistema interpretativo es lo *irrepresentable* condenado, históricamente, a buscar en una figura, en la forma de una espada, en la fotografía de carnet, en las cosas estupefactas un fragmento de sentido, siempre breve que pueda conmover la estrategia desmovilizadora del museo documental[2]. Jean-Louis Déotte sostiene: "*El otro debe, entonces, poder conservar sus distancias, lo que quiere decir que no puede ser controlado. Debe permanecer problemático lo que, evidentemente, no excluye la información, sino que más bien la supone para derivarla en su contrario: hacer sentir que yace ahí, en esos objetos, otro tiempo y otra época del destino. La exigencia es todavía más importante cuando las huellas expuestas son las de seres humanos y de sociedades que han sido vencidas y cuya historia está narrada por los vencedores de la historia*".[3]

La política, confundiría al *golpe* con el archivo (el material mnésico) y al hacerlo establece un relato rememorativo, donde el pasado leído en la justificación del presente, tiene la obligación de terminar en el testimonio o en la amnistía. Ya no se trata de negar lo acontecido, ni menos de disculparlo, sino de hacerlo comparecer y, en la proximidad, desterrarlo del significado, agotarlo en la reiteración -a fin- de aplastar su singularidad en la masificación de su chisme. Privado el *golpe* de su injusticia, entra al habla social como el mito de la descomposición de la comunidad, por lo mismo insistir en lo irreparable de la violencia militar sólo prolonga la fisura, detiene el "reencuentro": es la injusticia que lo avala la que debe quitarse de la conversación, de la penumbra del sobreviviente y del período.

El lenguaje político no alcanza a domar la inclemencia del dolor, tampoco posee el don de lo inconmensurable, sólo puede expresar la cantidad y el resultado. La transición democrática al tratar de miniaturizar lingüísticamente el horror se convirtió en traductora de costos y reparaciones. Designó especialistas, levantó mapas, disimuló fracasos con el propósito de proveerse de un texto jurídico inapelable y lábil, capaz de bloquear la insubordinación del trauma y el desorden de la ausencia. Las víctimas arropadas por el absurdo de la separación brusca son una morosidad, la causa de incompletud del espacio público, sufrieron el desastre de la identidad cuando la "crisis institucional" de 1973 consumó la infracción de imponer a las ideologías por sobre la sociedad. La comunicación estuvo al servicio de lo intraducible y esa falta aumentó la ira contra el diálogo del *otro*, masacró al *otro* esperando mutilar la voz. Las lenguas sociales, advenidas con la democracia, se dieron al trabajo de entregar al *otro* al puro diálogo, retenerlo en él (fuera de la consigna) para que su exterioridad no fuera un motivo de muerte, pero tampoco de justicia: ¿a quién devolver las palabras sobrantes si los dueños de las mismas están desaparecidos? Si la política no recibe este peso, ni la sociedad lo quiere, es la comunicación quien lo despierta en noticias diarias, investigación periodística, entrevista en profundidad donde queda expuesto -curiosamente- a la misma exterioridad causante del crimen.

La transición ensimismada en su vocabulario mediático de adjetivos planos y frases tenues debe regirse por disciplinas profesionales para alejar la discontinuidad y el riesgo, suprimir el complot contra la economía de lo real y entregar a la inmediatez comunicativa la ilusión de narrar lo "auténticamente vivido". El *golpe* puede, de este modo, transitar todo el espacio social ya que está autorizado a reponer la lengua, a reconstruir la comunidad a través de la negación de su ejemplo. La humanidad vencida logra un cupo en la actualidad y, a su vez, desaparece en la imagen de su vencimiento. Lo aciago se semiotiza en un conjunto disperso

de significantes que van enumerando los diferentes momentos del *golpe*, unidos sólo por una visualidad repetida que muestra al poder cayendo en la usura y la arbitrariedad[4], en el malentendido y la polarización. Impedir esta desgracia se torna el objeto material de la comunicación y hacerlo significa exhibir al poder como un lugar reparatorio, desprovisto de culpa y sujeto a la racionalidad de una administración que inhibe el arrebató destructivo con las moderaciones de lo equivalente. Así, si el pasado tiene la intención de volver lo hará unido a su finitud[5], vendrá a entregar su sobra.

A pesar de los esfuerzos por dislocar la memoria y someterla al aura oficial, múltiples discursos se abalanzan sobre ella en busca de la esperanza del texto. La escritura imaginada como revelación de lo indecible inventa una literatura de la pérdida, y el deseo de reponer luz en el silencio de los cuerpos activa una especie de promesa de verdad. En estos escritos se ensaya una soberanía de los restos ante un poder que se enrosca en el cuerpo y lo consume. Si la vida cotidiana es la modernización, es decir, el capital convertido en subjetividad, recordar el borde, pensar en un afuera es escapar a la evanescencia, a la propia resistencia vivida como derrota. Narrar esa lucha y la de aquellos que no pudieron soportarla o los destrozó, es llamar al *golpe* por su nombre: capitalismo mundial. Confeccionar distintas técnicas escriturales para encontrar el nombre, es el revés, de las técnicas usadas para quitarlo. Por eso, Raquel Olea afirma que: "*la construcción de la memoria en su búsqueda por fijar experiencias del pasado acude a diversas formas de lenguaje, recursos retóricos, géneros literarios, provocando el cruce de emergencias entre lo que se desea decir y lo que no puede callarse, entre los mandatos del olvido y los recuerdos imposibles que habitan al sujeto, ampliando el conocimiento de una época con un saber distinto al que registra la historia*"[6].

En el *golpe* hay una oscilación entre totalidad y pérdida que desarrolla una lectura obligatoria de su efecto: en un primer caso, destruye un sistema de representación histórica, desaloja una militancia y disciplina lo cotidiano, se configura un "régimen" de significación" que impone a la voluntad común de los hombres vivir juntos -al decir de Hannah Arendt- en torno a la purificación y la verdad absoluta: lo autoritario. En un segundo caso, la violencia contra lo social es de una indecibilidad tal que, la historia no encuentra el tono de lo ocurrido. La dictadura se apropia del fin y todo sigue ocurriendo dentro de ella: la catástrofe. Escribir dentro y fuera del *golpe* significa eludir su simpleza mágica y contestar a la complejidad de su horror. Por tal razón, las escrituras[7] de la memoria no pueden dejar de volver, a pesar del cansancio y las casuísticas jurídicas. Son artefactos históricos parciales, cuyo beneficio y encargo, es acusar toda interrupción de la humanidad, limpiar las palabras de los tumultos de significantes que las hieren y, sobre todo, proteger a los vencidos -aunque sea en una arrugada imagen- de la voracidad del acontecimiento y su acostumbrada práctica de cenizas. Escribir el *golpe* no puede confundirse con hacer un texto golpista: puro efecto de cancelación queriendo ser el más allá de la conjura. No existe, a pesar del deseo del pensamiento, una escritura final que pueda vencer el ruido de la experiencia (al margen de no saber el origen de ese ruido), pues desprovistos de la letra total sólo cabe mantenerse en interrogación.

[1] Las comunicaciones encierran al presente en su puro evento y hacen circular variados textos -anodinos la mayoría- que dejan sin gravedad los significados y devastan la materia que les dio sentido. Así, la información sólo es útil si expresa una normalidad mecanizada y represiva de los trastornos o descomposturas de los significantes. La catástrofe y los cuerpos sacrificados para olvidarla se tratan, en el discurso público, como accidentes del odio que el Chile postdictatorial debe sublimar en memoriales, perdones mediáticos, comisiones, libros y misas.

[2] Uno de los síntomas de toda reiteración es la progresiva pérdida de credibilidad que genera, la crítica por lo mismo no es sólo respecto al acontecimiento, también a la forma de narrarlo y situarlo, el investigador Hermann Herlinghaus dice: "*Hoy más que antes, la crítica se enfrenta con la necesidad de narrar y re-narrar las 'otras historias' cuya problemática se está perdiendo detrás de sincronías (tecnológicas y mediáticas) y los órdenes discursivos compactos. Re-narrar puede significar 'destotalizar' y reconectar, de esta manera, con un espacio público heterogéneo*

que no luce estructuras fijas y cuyos movimientos libidinales huyen de la abstracción". Sobre la insubordinación de la memoria y sus narraciones críticas, en, Richard N. y Moreiras A. (editores): Pensar en/la postdictadura. Editorial Cuarto Propio, Santiago 2001. Pp.70.

[3] Catástrofe y olvido: las ruinas, Europa, el museo. Editorial Cuarto Propio, Santiago 1998. Pp.211

[4] La transición busca una fortaleza comunicativa en la afirmación de la diferencia, el pluralismo y la libertad de opinión, ya que en ellos se encuentra la distinción fundamental con la dictadura, asociada al monolingüismo criminal de lo mismo. Lucrecia Escudero, al referirse a este problema en Argentina, abre algunas coincidencias: *"Si los militares tenían una teoría 'ideal' de la comunicación, es porque tenían una hipótesis sobre lo social y su funcionamiento fusional con las Fuerzas Armadas. De allí el uso frecuente de metáforas sobre la enfermedad del cuerpo social, enfermo de violencia, de la infiltración de ideas disolventes, por lo que la intervención militar se presentará como una verdadera operación de ortopedia enunciativa que permitirá alcanzar la normalidad, es decir la ausencia de desacuerdos"*. El sujeto patémico: los desaparecidos en la prensa argentina, en: Revista de Signis Nº 2, abril 2002. Págs. 191-192.

[5] El entusiasmo de la derecha por encontrar una solución a las violaciones a los derechos humanos, se relaciona con una idea del tiempo trascendental donde lo pretérito entrega un recado de superación en el presente. Terminar con la escena doliente del castigado político es liberar a la economía de la perpetuidad del gasto para colocarla -nuevamente- a gastar la perpetuidad. Los derechos humanos impiden a la propiedad sustraerse de la historia, porque la muerte no reparada denuncia la vulgaridad de la inmediatez donde sólo se consigue lucro y se busca un más allá inalcanzable que no tenga tribunal. Un espacio sin miradas ni testigos habitado por la sublime autoridad del valor de cambio.

[6] Cuerpo, memoria y escritura, en: Richard N. y Moreiras A. (editores): Pensar en/la Postdictadura. Editorial Cuarto Propio, Santiago 2001. Pp. 197.

[7] Hugo Vezzetti al describir la tensión entre política y memoria dice: *"Frente a una idea de memoria como representación reproductiva, que insiste en la consigna de 'no olvidar' como si el recuerdo fuera limpio y transparente, me interesa resaltar también los límites y las zonas opacas en la significación de ese pasado. No hay ni memoria plena ni olvido logrado, sino más bien diversas formaciones que suponen un compromiso de la memoria y el olvido; y es preciso reconocer que la memoria social también produce clichés y lugares comunes, es decir, sus propias formas de olvido. En todo caso quiero destacar la dimensión de la práctica social, bajo la luz de las acciones que permitan una comunicación con un pasado aún significativo y, sobre todo, hagan posibles las preguntas sobre el pasado. Y es claro que no se trata de un registro pacífico: la memoria es plenamente histórica y está sometida al conflicto y a las luchas de sentido"*. La memoria como práctica social y forma de resistencia, en: Revista Humboldt Nº 137. Geothe-Institut Inter Naciones, República Federal Alemana. 2002. Pp. 12.